

Son los últimos pescadores de una generación ya desaparecida, pero gracias a unos pocos marineros no olvidada. Ellos todavía salen todos los días a la mar como lo vienen haciendo desde hace siglos sus

antepasados; con dificultad, sin puerto, y con la dependencia de las mareas y de las corrientes como obsesión. Ellos son los últimos de una raza que paradójicamente todavía vive.

Albuerne y Valdredo, en Cudillero, marineros con historia y sin puerto

Los pescadores tienen que arrastrar sus barcos hasta el mar

Albuerne (Cudillero),
Angel FIDALGO

Todos los días que no hay mala mar —calculan en esta parte de la costa asturiana y siendo optimistas que no son más de 200 al año— los pescadores de Oviñana, Valdredo y Albuerne arrastran hasta el mar sus embarcaciones, que permanecen varadas en tierra. No tienen otra opción por la falta de un puerto en toda la zona.

Los pocos marineros que quedan en los dos últimos pueblos se ven obligados también a descender unos tres kilómetros por una pista forestal que los conduce finalmente a la zona conocida como El Carrero. Camino que fue acondicionado recientemente y que, de momento, colma las aspiraciones inmediatas de los pescadores de estos dos pueblos.

Al final de una cuesta muy inclinada y que baja directamente hasta el pedrero, descansan cinco pequeños botes que nunca conocieron la seguridad de un puerto de abrigo, al igual que los pescadores que los tripulan y que día a día sacan al mar sus frutos. Estos hombres, unos ocho, son únicos en el colectivo de pescadores asturianos. Viven y trabajan al oeste del cabo de Vidio, en unas condiciones difíciles de imaginar en las puertas del siglo XXI. La audacia y el gobierno cotidiano del bote entre las peligrosas rocas se confunden todos los días del año.

Si el estado de la mar lo permite, después de arrastrar sus pequeñas embarcaciones hasta el agua, se ven obligados a navegar por un laberinto de rocas que forman los temidos bajos conocidos con el nombre de «Los Negros», donde muchos barcos naufragaron en medio de la niebla. Una de estas rocas es conocida con el nombre de «Las Difuntas». Cuenta la leyenda que en el siglo pasado, nadie sabe en qué año, unas jóvenes fueron a bañarse en esta zona y murieron ahogadas. Historia que se mezcla con otra de piratas y violaciones, tal vez la más verosímil.

Porfirio Fernández Paredes es uno de los pescadores de esta parte de la costa asturiana, la más rica en marisco y donde se dan los mejores percebes de todo el litoral. Hace tan sólo dos días había llegado de la mar a las dos de la mañana y a las cinco ya estaba otra vez en ella. «Fue la mala mar que se levantó en poco tiempo la que me hizo suspender la pesca a las nueve y tuve que regresar a tierra». En tan sólo siete horas se vio obligado a meter dos veces el bote en tierra y a sacarlo una vez a la mar, pero estas operaciones no

le parecen a Porfirio Fernández duras. «Ahora esto lo hacemos sin mucho trabajo», dice quitándole importancia a la tarea, «ya que tenemos unos cabrestantes con un motor que nos ayuda a sacarlas a tierra».

Cuando llegan de la pesca, enfilan un pequeño canal que en bajamar queda en seco, y en el que varios troncos colocados transversalmente facilitan la tarea de empujar los botes hasta la orilla, donde son finalmente atados con un cable del que tira el pequeño motor. Uno de ellos es el de una vieja Vespa, que al

Oviñana, Albuerne y Valdredo son la otra cara de la pesca en Asturias

igual que los otros se utiliza diariamente en la misma faena.

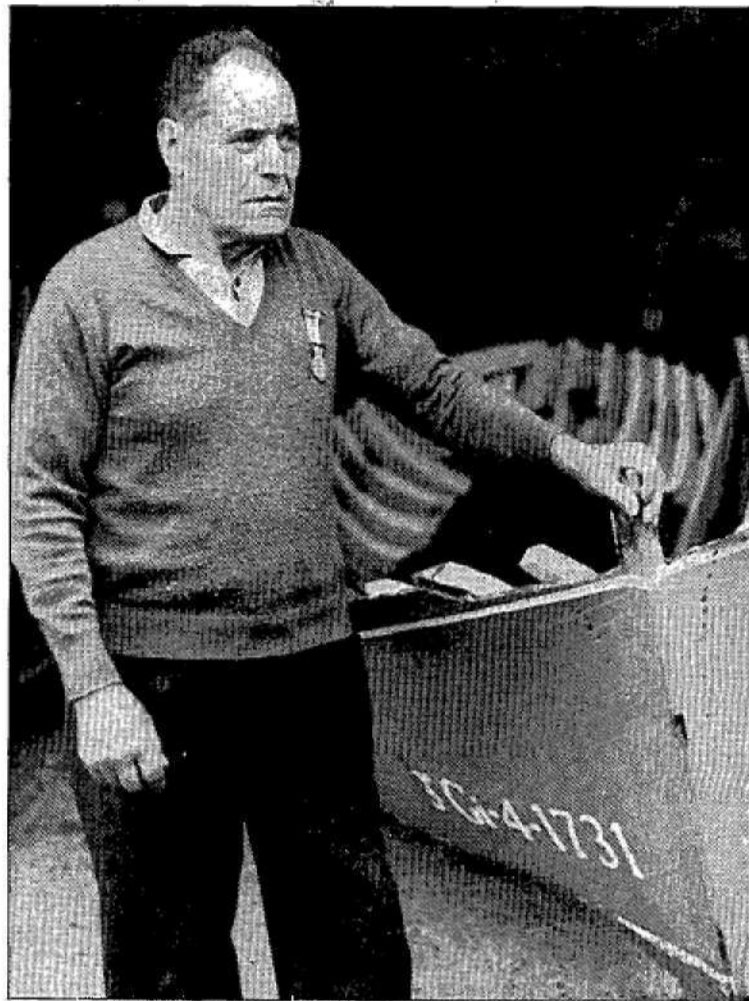
«Entre septiembre y noviembre nos dedicamos fundamentalmente a la pesca de la lubina y el «xáragu», y de noviembre a marzo son muy pocos los días que podemos salir a la mar por los temporales». El otro ciclo que marca la vida de estos pescadores sin puerto es el de la pesca del marisco. «Esta es una zona muy buena para el marisco, y particularmente para los percebes que son los mejores de todo el Cantábrico», comenta orgullo-

so Porfirio, porque para él y sus compañeros la zona en la que siempre pescaron los de Albuerne, Valdredo y Oviñana es como su segunda casa, en la que desde siempre trabajaron todos sus antepasados, que les dejaron el mejor de los legados para un pescador: aguas limpias y ricas donde poder faenar y el conocimiento de una técnica milenaria. «Y eso que ahora hay que tener cuidado con los buzos que marchan con todo lo que encuentran. Pero como hay mucha vigilancia están controlados, lo que es muy importante en un año como este que hay muchos centollos».

El marisco lo venden en Oviñana, a la cetárea, pero el pescado tienen que llevarlo a Avilés. «Es donde hay mejores precios, hasta el punto que nos compensa pagar a unos señores de 500 a 1.000 pesetas por cada 50 kilos para que nos los lleven a vender a esta lonja».

Una historia de rescates

Cuando llega la niebla y la sirena del faro de Vidio empieza a sonar, Lucas Suárez Busto, de Valdredo, se acuerda de los tres barcos naufragados en el bajo de «Los Negros», y en el rescate de sus tripulaciones. Estos recuerdos afloran más todavía cuando saca la vieja medalla con la que la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos premió «la abnegación y el heroísmo», según reza en una inscripción, a este viejo pescador de 84 años que a los 8 ya salía a la mar. En



Lucas Suárez rescató a 31 naufragos de «Los Negros».

total fueron 31 los marineros que pudo rescatar de «Los Negros». «Me acuerdo como si fuera hoy. El «Tedin» era un viejo velero que navegaba cargado de madera entre Galicia y el Musel, pero con la niebla ya se sabe, perdió el rumbo y embarrancó donde todos». Aunque fue en

que en la mar se oían voces».

No lo pensaron dos veces y varios pescadores, con Lucas al frente, bajaron corriendo más de dos kilómetros por un estrecho camino hasta llegar al lugar donde guardaban los botes de pesca, junto con los de Albuerne. «Nos acercamos al barco en los botes y embarcamos a todos los tripulantes del velero que poco después se incendió».

Tres años más tarde el pesquero de Cudillero «Elisita» se hundía en el mismo lugar que lo había hecho el velero y también por culpa de la niebla. «Fue el 18 de agosto y encontramos a todos los tripulantes subidos a una roca. No hubo muertos».

No llegaron a «Santa Ana»

El 25 de julio de 1955 el también pesquero «Luisa María» regresaba a Cudillero después de pasar muchos días en la mar pescando bonito. «Iban todos los marineros muy contentos, no sólo por llegar a tierra, sino por la fiesta de Santa Ana que se celebraba al día siguiente». Le comentaron a Lucas después del naufragio que pensaban ir todos, «pero fue la niebla otra vez la que hizo que se metieran en «Los Negros». Sentimos los pitidos que daba continuamente el pesquero, pero antes de llegar al acantilado dejaron de sonar».

Una vez más tiraron una lancha al agua, «y con mucho cuidado, ya que por la niebla no se veía nada, fuimos siguiendo las voces hasta que los encontramos en un peñón». Cuando llegaron a tierra se dieron cuenta que faltaban dos pescadores, uno de ellos hijo de un superviviente. «Al día siguiente se levantó mala mar y arrastró a la orilla a los dos cadáveres».

Para Lucas Suárez Busto, que durante muchos años fue el hombre más fuerte de toda la zona, en estos tres naufragios hizo sencillamente lo que tenía que hacer, igual que todos los que le acompañaron. «No podíamos dejarlos morir, eso era lo único que nos importaba».

Náufragos en las rocas y gritos en la noche forman la historia de «Los Negros»

1941, Lucas Suárez lo cuenta como si hubiera pasado ayer. «Estábamos echando la partida, sería sobre las diez y media de la noche, cuando entró un vecino de aquí, de Valdredo, diciendo



Los botes de Albuerne y Valdredo, a falta de un puerto, descansan en la orilla. Porfirio Suárez mira a su mar.